

BIBLIOTECA

J. J. BENÍTEZ

RICKY B.

Una historia
"oficialmente" imposible



1975: Un autobús sufre un misterioso accidente en Yucatán (México). Varios pasajeros fallecen. Ricky B., una turista norteamericana, sobrevive...

1982: Ricky B. confiesa su gran secreto. *No es humana*. Según dice, procede de las estrellas y ha tomado posesión de uno de los cuerpos que perdió la vida en Yucatán..., resucitándolo. Su confidente no la cree pero, la última noche, una extraña nave se sitúa sobre el automóvil en el que viajan. Y Ricky B. desaparece...

1996: J. J. Benítez investiga el caso. Localiza a Ricky B. y la entrevista... El resultado es tan sorprendente que difícilmente podrá creerlo...

Primera parte

Los heterodoxos piensan, hablan,
escriben y actúan para unos pocos.
Si usted pertenece a la gran masa,
si jamás mira al cielo o hacia sí
mismo, no se moleste en leer esta
investigación. No comprenderá...

J. J. BENÍTEZ

A Blanca,
que me acompañó hasta
el final.

ESPAÑA

Esta gran incógnita —una de las más irritantes en mis veinticinco años de investigación del fenómeno OVNI— hizo acto de presencia diez años atrás. En realidad, todo empezó con una carta de mi buen amigo y veterano investigador Ignacio Darnaude Rojas-Marcos. La misiva aparecía fechada el 6 de julio de 1986. En esencia, decía así^[1]:

«ROMANCE CON UNA UMMITA EN...

»ORIGEN DE LA INFORMACIÓN: Lyana... Es amiga personal del ingeniero...

»Nos relató esta historia en nuestra visita a su casa el 4-7-86. Lyana está casada con un ingeniero norteamericano, y normalmente vive en Estados Unidos...

»Tiene cuatro hijos y es profesora de Universal History en un *high school* norteamericano, y también es autora de guiones cinematográficos.

»EL PROTAGONISTA: Unos cincuenta años, ingeniero, buen aspecto físico, atractivo, éxito con las mujeres, se dedica a negocios de construcción y gana mucho dinero. Vive normalmente en..., y veranea en...

»EL PROTAGONISTA: Unos cincuenta años, ingeniero, buen aspecto físico, atractivo, éxito con las mujeres, se dedica a negocios de construcción y gana mucho dinero. Vive normalmente en..., y veranea en...

»SINOPSIS DE LOS HECHOS: Este ingeniero fue una noche a cenar a un restaurante de... Vio a una chica joven cenando sola, entabló conversación con ella, comieron juntos, y luego la llevó a su casa,

donde estuvo varios días como invitada. Allí hicieron el amor y vivieron como amantes.

»En la chica todo era normal, aunque parecía “algo rara” por ciertos detalles extraños en su comportamiento. Solía comer solo alimentos vegetarianos. El ingeniero se fue a... a hacer unos trabajos, y cuando volvió le dijeron que su amiga se había pasado día y medio en un monte cercano, sin probar alimento.

»Ella le contó que había habido un accidente de autobús en México, y que por este motivo murió una mujer, que tenía por cierto una cicatriz en una pierna. La invitada aprovechó esta circunstancia para tomar posesión del cuerpo de la fallecida, resucitarlo y vivir de ahí en adelante usurpando su personalidad. Pudo realizar tan extraordinaria operación por ser extraterrestre y provenir de un planeta denominado “UMMO”. La singular huésped le relató a su amigo numerosos pormenores de la vida y costumbres en su planeta natal.

»El ingeniero, intrigado por tan anómalos acontecimientos, se desplazó a..., y en una biblioteca localizó libros que trataban del planeta UMMO y comprobó que los datos proporcionados por su “romance” alienígena coincidían con la información consultada en esos textos.

»La mujer exhibía una cicatriz en una pierna, en correspondencia con su relato de su entrada en el cadáver de la accidentada mexicana.

»A lo largo de sus conversaciones, la chica le aseguró que sus paisanos planetarios iban a venir a buscarla y se la iban a llevar con ellos.

»Una noche se acercaron los dos a... Al volver, una luz muy potente se acercó, y el ingeniero perdió el control del coche. Ella se puso muy excitada y le comentó: “Son ellos. ¡Vienen a por mí!”. Al rato, el

objeto luminoso se alejó, desapareciendo en el horizonte, y el ingeniero pudo conducir de nuevo el automóvil. Volvieron a la casa y se acostaron. A la mañana siguiente el propietario comprobó que su amiga había desaparecido. Y no ha vuelto a tener más noticias de ella.

»INVESTIGACIÓN SUBSIGUIENTE: Esta información, como se ve, proviene de una conversación “de segunda mano”, nada rigurosa y sin las necesarias precisiones. Procede ahora entrevistar en profundidad al ingeniero, recabar de él todos los datos pertinentes sobre acontecimientos tan llamativos, someterlos a los imprescindibles chequeos y comprobaciones, y redactar un informe sobre los hechos ya verificados».

Recuerdo que, tras la lectura de esta carta, convencido de que «aquello» solo podía ser fruto de alguna mente calenturienta, procedí a archivarla, olvidando el, aparentemente, fantástico suceso. ¿Grave error por mi parte? ¿O es que no había llegado el momento? Ahora, con la perspectiva del tiempo a mi favor, me inclino por lo segundo. Y antes de proseguir con los pormenores de esta fascinante investigación, el corazón pide que me desnude. Será justo y saludable que el lector sepa a qué atenerse desde el principio. Como decía, en mayo de este año (1997) se han cumplido mis «bodas de plata» con la investigación de los «no identificados». He dado más de cien veces la vuelta al mundo. He interrogado personalmente a más de diez mil testigos. He visto estas naves «no humanas» en cuatro oportunidades. Y dispongo, en fin, de una gruesa y privilegiada documentación que demuestra cómo infinidad de civilizaciones ajenas a la Tierra nos visitan, observan y «controlan» desde hace miles de años. Pues bien, este impresionante bagaje informativo ha supuesto, entre otros beneficios, media do-

cena de certezas y un océano de dudas. En mi caso resulta rigurosamente cierto que, cuanto más investigo, menos sé. Pero, como digo, hay algo que sí tengo muy claro: amén de la realidad física de estas «humanidades», estoy convencido de su poderosa, sutil e inexorable «influencia» sobre el comportamiento del hombre. Al menos, sobre los actos y la conciencia de determinados individuos. Seré más preciso. Hace tiempo —mucho tiempo— que sospecho (que sé) que algunas de estas civilizaciones «controlan» o «dirigen» (me fallan las palabras) las vidas de muchos seres humanos. Muchos más de lo que podamos imaginar...

«Investigar a los investigadores». Una frase que he repetido sin cesar. He aquí una de las claves para comprender lo que afirmo. Y es en base a ese cúmulo de increíbles «coincidencias» —vivas, por ejemplo, por los auténticos investigadores, los de campo— por lo que me atrevo a creer e insinuar que la historia rescatada por Ignacio Darnaude empezó a ser investigada «en su momento». Antes, servidor debía conocer y penetrar el fenómeno OVNI con mayor profundidad. Y durante casi diez años, en efecto, he sido intensamente «entrenado» para encajar y aceptar lo que, a primera vista, puede parecer un escalofriante relato de la más pura ciencia ficción. Hoy sé que la historia que me dispongo a narrar es perfectamente posible. Pero, también lo sé, solo unos pocos llegarán a aceptarla. No importa. También lo he dicho en público y en privado: los investigadores ovni estamos haciendo Historia. Investigamos y difundimos para el presente, sí, pero, sobre todo, para los historiadores y la sociedad del futuro.

Y desnudado mi corazón, proseguiré con los acontecimientos, procurando respetar el orden cronológico en que se registraron. Un orden, con su propio «orden» interno, que ratifica esa aparentemente audaz afirmación: «Ellos saben, controlan y dirigen».



Ignacio Darnaude Rojas-Marcos, el investigador que «levantó la liebre». (Foto J. J. Benítez).

¿Coincidencia? Lo dudo...

Todo en esta historia, insisto, parece mágicamente trabado. Mágicamente planificado. Mágicamente diseñado para que, «en su momento», un investigador, aparentemente por azar, se hiciera cargo del asunto. ¡Cuán ajeno me encontraba en aquel año de 1988 a lo que me reservaba el Destino! A primera vista, al iniciar la construcción de mi definitivo «cuartel general» en el sur de España, solo estaba haciendo realidad un viejo y acariciado sueño. Pero —ahora lo sé—, en ese traslado se ocultaba «algo» más... Porque, ante mi sorpresa, «Ab-ba», mi nueva casa, sería levantada a doscientos metros escasos de la residencia de verano de uno de los protagonistas capitales del que podríamos denominar «caso Ricky».

¿Coincidencia? Lo dudo...

De los 87 268 kilómetros cuadrados de Andalucía, servidor había ido a «elegir» un remoto paraje en el que, «casualmente», se alzaba el chalet del ingeniero mencionado por Darnaude. De los siete millones largos de andaluces —«casualmente»—, uno en particular, solo uno, el célebre ingeniero, iba a ser mi vecino^[2]...

Y a partir de aquel año clave 1988, los sucesos se desencadenaron. Por razones de buena vecindad, Blanca, mi mujer, y yo terminamos conectando —igualmente por aparente «casualidad»— con dicho vecino. Por supuesto, en esas fechas servidor ignoraba quién era en realidad aquel ingeniero. Apenas sabía nada de él. Quizás lo justo en una incipiente y tímida amistad: se dedicaba a los negocios, era abierto, sin doblez, con un envidiable sentido del humor y, a pesar de sus sesenta años, poseía una excelente forma física y mental.

Y llegó 1995. Y con nuestro definitivo traslado a «Ab-ba», las visitas a una y otra casa menudearon. Y fue en una de esas plácidas tertulias cuando, en el «momento justo», surgió la sorpresa. Como ya es habitual en mí —pura deforma-

ción profesional—, en una de aquellas conversaciones le interrogué sobre uno de mis temas favoritos: los ovnis.

El ingeniero sonrió. Y percibí que se tomaba el asunto muy en serio.

—Sí, los he visto —comentó, señalando hacia el mar—. Aquí mismo y en compañía de otras personas...

Le vi dudar. Y al poco, adoptando cierta precaución, lanzó una frase que me puso en guardia.

—Pero tengo una historia mejor...

E invocando nuestra discreción pasó a relatar —muy por encima— la increíble aventura con Ricky.

A los dos minutos, conforme avanzaba en la exposición, me quedé pegado al asiento. Pero no dije nada. Aquella historia me resultaba familiar. Y al regresar a «Ab-ba» me apresuré a consultar los archivos. No me había equivocado. Estaba frente al suceso y al protagonista descritos por Ignacio Darnaude en julio de 1986. ¡Qué «casualidad»!

Y durante meses —hasta octubre de 1995— alterné otras investigaciones con una serie de interrogatorios previos en los que, honradamente, traté de pillar en algún renuncio al paciente y siempre cordial ingeniero. En total, sostuve seis largas conversaciones. Cuatro de ellas grabadas. Y siguiendo una elemental táctica psicológica procuré que cada uno de los interrogatorios se desarrollara lo suficientemente distanciado del anterior como para que, en caso de fabulación, el supuesto testigo cayera irremisiblemente en contradicción. Pero, ante mi desconcierto, las sucesivas versiones fueron siempre impecables, exactas, rigurosamente iguales. En ningún momento acerté a atraparlo en mentira alguna. Y una punzante duda me acosó sin contemplaciones. ¿Estaba ante una historia real? Durante mucho tiempo, a pesar de la solidez del relato del ingeniero, me negué a creerlo. Era demasiado fantástico...

Pero una «fuerza» extraña e inflexible fue tirando de mí hasta que, finalmente, me embarqué en la investigación. Sin duda —lo adelanto ya—, una de las más difíciles, com-

plejas, laboriosas y delicadas en las que me he visto envuelto. Una investigación que, por su naturaleza, no he sido capaz de cerrar. Lo reconozco humildemente. Aunque, pensándolo mejor, ¿no he sido capaz o no he querido?

Pero ya es hora de pasar a la historia propiamente dicha. Buceando en aquellos interrogatorios procuraré hacer una reconstrucción general de la misma, poniendo —de momento— algunos de los hechos y circunstancias claves. El resto de los detalles, en beneficio de una mejor comprensión, irá apareciendo paulatinamente.

La verdad es que en aquel período de conversaciones previas no todo fue bien. A pesar de los esfuerzos de mi amigo, las fechas del «incidente» aparecían borradas en su memoria. Y por más empeño que puse, que pusimos, por más referencias que buscamos, lo único que terminé sacando en claro es que la breve convivencia con Ricky había tenido lugar «después de la muerte de Franco». No era mucho, pero no me desanimé. Ahora, a los dos años de iniciada la investigación, intuyo que esa laguna mental también encerraba su «porqué». De una forma sutil, el lapsus me obligaría a desplegar toda la «artillería pesada», poniendo a prueba, una vez más, lo que, sin duda, distingue al auténtico investigador: la tenacidad, la constancia y la paciencia.

Ten en cuenta —se cansó de repetir el ingeniero a lo largo de aquellos interrogatorios— que mi relación con ella fue un simple «ligue». Nada serio. Algo puramente circunstancial. Yo estaba divorciado hace muchos años y, sencillamente, aquella extranjera era espectacular...

De hecho, así me consta, al margen de unas valiosísimas fotografías tomadas por mi amigo, jamás guardó un solo recuerdo de su aventura amorosa. Ni papeles, ni dirección, ni nombre... Y este, precisamente, fue el segundo gran obstáculo en la investigación. Aunque parezca increíble, el ingeniero no recordaba el nombre ni el apellido de la norteamericana.

—Para eso soy un desastre —reconoció una y otra vez—. Además, el nombre era raro...

—¿Y de dónde sacaste lo de Ricky?

—Fue la primera vez que la vi. Unos obreros me habían hablado de ella, de una forastera muy guapa que paseaba solitaria por el pueblo. Se alojaba en unos apartamentos de una amiga mía y, me interesé por dicha extranjera en cuanto tuve ocasión. Marta, la dueña de los apartamentos, me confirmó la noticia. Era norteamericana, «muy rara», de una belleza que llamaba la atención y, en efecto, se hallaba sola. Total, que le pedí que me la presentara. Y así fue. A los pocos días, en esta misma casa, mientras jugaba a las cartas con unos amigos, apareció Marta con una de sus hijas pequeñas y la bella extranjera. Y recuerdo que puse a la niña sobre mis rodillas y le pedí que eligiera las cartas. Aquello, al parecer, molestó a la norteamericana y me acusó de «estar corrompiendo a un niño». Cuando le pregunté por qué se limitó a responder que «no debía enseñar juegos de azar a los niños porque eso perturbaba su desarrollo mental». Aquella brusquedad, aquel genio, aquel carácter fuerte no sé por qué me recordaron al protagonista de una película: el sargento Ricky. Y se quedó con el apodo. Desde entonces, siempre la llamé así. Y a ella le hizo gracia.

Pero ¿nunca supiste su verdadero nombre?

Sí, me lo dijeron... Pero no consigo recordarlo. Como te he dicho, era raro...

—Bien, ¿y qué ocurrió?

—Esa misma tarde hice un aparte con ella. Le expliqué que regresaría el siguiente fin de semana y que, si le parecía bien, podía venir a mi casa. La verdad es que me quedé prendado...

—¿Cómo era físicamente?

—Rondaba los treinta años. Alta, espigada, cabello largo y negro. Ojos azules, profundos y preciosos. Cara de niña y una figura aparentemente frágil y deslumbrante.

Y al viernes siguiente, entrada ya la tarde, llegó caminando por la playa. Y poco faltó para que se malograra la cita. Yo me encontraba en la planta baja y no la oí llamar. Ricky entró por la parte de atrás de la casa y se dirigió directamente al piso superior. Menos mal que la vi cuando se dirigía de nuevo a la playa³...

Y ahí empecé a cortejarla. Salimos a cenar y la aventura se prolongó por espacio de unos dos meses.

En ese tiempo, mi amigo, el ingeniero, empezó a notar «algo» extraño. Al parecer, el comportamiento de su «novia» no resultaba muy normal...

—Al principio, si te soy sincero, pensé que era una «gringa» loca. Una extravagante. Solo tomaba leche y verduras. Mucha leche. Y con la leche, todo un surtido de pastillas. En su apartamento, en un maletín, guardaba más de veinte frascos con medicamentos. Pero no eran convencionales. En cada bote, de color negro, aparecía una etiqueta con algo así como una fórmula química. Ahora me arrepiento de no haberlos examinado con detenimiento.

»A la hora de las comidas siempre teníamos problemas. Cuando me veía devorar un filete la recriminación era fulminante: “Te estás suicidando, ¿lo sabes?”.

Y añadía con una seguridad que me dejaba perplejo: «Tú tienes un organismo que puede vivir doscientos veinte años. Cuando te comes eso, te estás quitando posibilidades de vida... ¡Estás loco!».